

Comunidades interculturales y democráticas. Un trabajo colaborativo para una sociedad inclusiva

Escarbajal Frutos, A. (Ed.) (2015). Madrid: Narcea, S.A. ISBN: 978-84-277-2083. 192 páginas.

M.^a Ángeles Hernández Prados. Universidad de Murcia



Hay palabras hermosas que no deberíamos dejar de repetirnos, ya que aportan esperanza a la ciudadanía. El acertado título de este libro ha conseguido aglutinar varias de ellas: comunidad, intercultural, democracia, colaboración e inclusión. Debatirnos por una no solo es una cuestión difícil, sino que además carecería de sentido, ya que nos llevaría a romper la red de interconexiones que se tejen entre estos conceptos y desde la cual la pedagogía intercultural debe orientar la práctica educativa. En este sentido, ha sido necesario no solo la evidencia empírica que acompaña la llegada de inmigrantes de diferentes lugares de procedencia a España, sino también una densa labor educativa

de conciencialización y sensibilización para asumir la realidad multicultural de una sociedad heterogénea y diversificada culturalmente, y atender a las necesidades derivadas de este tránsito o transformación social.

Son múltiples, y de diversa índole, las problemáticas y/o dificultades educativas a las que se enfrenta la comunidad educativa en contextos escolares pluriculturales (cognitivas, sociales, emocionales, familiares, económicas, etc.). Igual de cuantiosa es la fundamentación teórica relacionada con esta temática. Sin embargo, lejos de adoptar una visión dramática y demonizadora de esta realidad, el libro reseñado es una bocanada de aire fresco, no solo por la calidad, nacional e internacional, de los autores que recoge, sino por el tratamiento que realiza de los conceptos, así como por el enfoque práctico y renovado que aporta. El principal objetivo de «*Comunidades interculturales y democráticas*» es priorizar la educación como respuesta social a los retos de la inclusión y generar comunidades interculturales, democráticas y equitativas, donde primen los derechos de ciudadanía sobre los intereses mercantilistas y neoliberales. Por todo ello, puede concebirse como un recurso de utilidad para afrontar las dificultades educativas tanto del alumnado como de los docentes.

La obra coordinada por Andrés Escarbajal consta de 10 capítulos en los que han participado 14 profesores de diferentes universidades, nacionales e internacionales. Se parte de la tensión entre nacionalismo y globalización, entre ciudadanía universal o diferenciada, así como del cuestionamiento del análisis asimilacionista y la reivindicación de los derechos civiles, para introducirnos en la necesidad de una democracia política, económica, y cultural, reconociendo la diversidad de grupos de identidad, cada vez más complejas, presentes en la ciudadanía. Se trata, como reconoce Banks de pasar de un enfoque académico dominante y convencional, a uno transformativo, invitándonos de este modo a iniciar el cambio de modelo donde impere el pensamiento crítico, la toma de decisiones y el compromiso con la acción. Ahora bien, hablar de ciudadanía, corre el riesgo de posicionarnos en un plano de abstracción descontextualizado, y lo que es aún peor, deshumanizado. Por ello, Escarbajal analiza los distintos modos de ser ciudadano y reivindica la *ciudadanía intercultural* como un derecho, estatal y transnacional, rompiendo los muros de las políticas identitarias y reconociendo las aportaciones de todas y cada una de las comunidades y culturas (mestizaje), ya que hasta ahora, la mayor parte de los modelos de inmigración son soluciones a un falso planteamiento de la integración de inmigrantes.

Otro punto de relevancia en esta obra es la educación inclusiva. Se parte de un modelo de referencia internacional en el que se identifican la presencia, aprendizaje y participación como las principales variables, y se analizan algunos programas como las Escuelas aceleradas, ciudadanas, esenciales y comunidades de aprendizaje, entre otras. No obstante, existe «una fractura inequívoca entre los objetivos, las políticas y las prácticas educativas que merece un análisis de mayor profusión» (Arnáiz y Guirao, 2015, p. 53), respecto al fracaso escolar, la doble red de escolarización, la formación del profesorado, etc. para reorientar el camino de la educación inclusiva.

A continuación, en lo que respecta a la pedagogía intercultural, se hace necesario analizar la brecha en el rendimiento y logros académicos de los alumnos procedentes de grupos heterogéneos, que depende no solo de su capacidad de pensamiento, sino de su capacidad de adaptación y de la *deuda educativa* que le predispone a una educación de menor calidad. Por ello hay que romper con la imposición de una visión hegemónica del éxito académico y centrarnos en teorías de la acción que incluyan la formación docente, el aprendizaje cooperativo; la educación familiar y el aprendizaje servicio, como ejes de actuación. Se debe construir escuela en la comunidad y comunidad en la escuela, entendiendo que lo intercultural no es un adjetivo, sino un enfoque o mirada diferente de hacer y vivir la escuela, que rechaza la inhibición o pasividad ante la diversidad cultural y promueve el desarrollo de valores como diversidad, solidaridad, respeto, equidad, haciendo de la escuela un espacio microsocioal de proyección macro social positiva. Todos somos seres comunitarios, que vivimos y convivimos en sociedad, por lo que es preciso «aprender a convivir» como una necesidad básica, aprender a reivindicar la diferencia como

valor, no como riesgo, sino como sinergia integradora y compleja, y aprender a reconocer el otro no solo desde descripciones etnográficas, sino como sujeto singular y universal a la vez, desde el respeto a su complejidad y sus características.

Por otra parte, la discriminación de la escuela hacia los estudiantes depende de cómo se entienda la diversidad, si ésta se entiende como problema se adoptan procesos de enseñanza aprendizaje rígidos y homogéneos que niegan la diferencia, o si se entiende como característica humana. Desde el enfoque intercultural la diversidad es inherente al ser humano y éste reivindica el reconocimiento de su singularidad, de su mismidad. En esta transformación el profesorado desempeña un papel decisivo, ya que convierte los enfoques teóricos en prácticas, de ahí la necesidad de formar al mismo en las competencias interculturales. En lo que respecta a la formación inicial, la reforma universitaria nos ha permitido consolidar el espíritu de la ciudadanía europea desligado del concepto tradicional de nacionalidad, favoreciendo así la integración e inclusión y estimulando la participación desde principios democráticos y de corresponsabilidad. El concepto de ciudadanía se liga al de ciudadanía cultural, fundamentada más en la equidad que en la igualdad, evidenciando la necesidad de favorecer la adquisición de competencias interculturales, de forma general, pero especialmente en la formación inicial del profesorado. En este sentido, se recogen los aspectos (instrumental, conceptual, autorreflexiva, crítica, técnica-pedagógica), las dimensiones (cognitiva, ética, emocional, procedimental y de mediación), y los bloques de la formación inicial docente. De igual modo, siguiendo las directrices de la UNESCO (2006), el informe de la OCDE (2008), y las competencias interculturales de la UNESCO (2013) se establece una propuesta de formación continua del profesorado en clave crítica, indicando los principios, los contenidos y las recomendaciones a seguir, las cuales consisten básicamente en articular la formación inicial y continuada, traducir la formación en cambios curriculares y desarrollo profesional, deconstruir para reconstruir a la persona y el marco desde el que opera en la realidad educativa, promover un enfoque renovado del contexto y no una reflexión abstracta de lo cultural, y por último, contribuir a potenciar y dinamizar las formación de formadores en red al servicio del proyecto intercultural.

Este libro se cierra con el análisis nacional, concretamente de la Comunidad Valenciana, e internacional (Italia, Portugal y Suecia) de la mediación intercultural, destacando las competencias y funciones del mediador como mediador y gestor de lo escolar pero también de lo comunitario, y centrado mayoritariamente en promover una ciudadanía participativa y el reconocimiento del otro. Me sorprende gratamente como el enfoque ético-pedagógico de la alteridad, tan fuertemente defendido por Levinas, se ha convertido en uno de los hilos conductores de esta obra. La educación debe entenderse como el medio que teje los puentes hacia la aceptación del otro, reconociendo su mismidad (diversidad y diferencia) como un valor positivo que nos acerca un poco más hacia la interculturalidad y democratización de la sociedad y sus instituciones más tradicionales (escuela, familia y comunidad).
